

www.elboomeran.com

f. scott fitzgerald

Cómo sobrevivir
con 36.000 dólares al año



Gallo Nero

www.gallonero.es

Títulos de las ediciones originales:

HOW TO LIVE ON \$36,000 A YEAR

HOW TO LIVE ON PRACTICALLY NOTHING A YEAR

READING F. SCOTT FITZGERALD'S TAX RETURNS

Primera edición: octubre 2011

© de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S.L.U.
www.gallonero.es

© del artículo «Reading F. Scott Fitzgerald's Tax Returns»:
William J. Quirk [publicado originalmente en
The American Scholar, vol. 78, n.º 4, otoño de 2009]

© de la traducción: Julia Osuna

Diseño de colección: Raúl Fernández

ISBN: 978-84-938568-5-4

Impreso en España por Imprenta Fareso, S.A.

Depósito legal: M-38694-2011

traducción de
JULIA OSUNA

**CÓMO SOBREVIVIR
CON 36.000 DÓLARES AL AÑO**

—Tiene que empezar a ahorrar —me previno hace unos días el Joven con Futuro—. A usted le parecerá estupendo vivir al día, pero como siga así acabará en el hospicio.

Me aburría pero, como sabía que de todas formas me lo iba a decir, le pregunté qué debía hacer.

—Es muy sencillo —contestó impaciente—, solo tiene que abrirse un fondo fiduciario del que no pueda sacar dinero cuando le venga en gana.

No era la primera vez que me lo decían. Es el sistema número 999. Ya probé el sistema número 1 en los primerísimos compases de mi carrera literaria, hace cuatro años. Un mes antes de casarme fui a ver a un corredor para que me aconsejara dónde invertir un dinero.

—Son solo mil —admití—, pero tengo la sensación de que debo empezar a ahorrar a más no tardar.

Caviló.

—Los bonos Liberty no son para usted. Es demasiado fácil canjearlos por dinero contante. Lo que

usted necesita es una buena inversión, conservadora, como tiene que ser, y, además, en algo de lo que no pueda estar retirándola cada dos por tres.

Al final escogió para mí un bono a un interés del siete por ciento que no cotizaba en bolsa, le confié mis mil dólares, y así fue como ese mismo día comenzó mi cruzada para amasar capital.

También ese mismo día terminó.

LA RELIQUIA QUE NADIE QUERÍA COMPRAR

Mi mujer y yo nos casamos en Nueva York en la primavera de 1920, durante la época en que los precios alcanzaron las cotas más altas que jamás haya conocido la humanidad. A la luz de los acontecimientos posteriores parece apropiado que nuestra andadura empezase en ese preciso momento de la historia. Acababa de recibir un cheque importante del cine y me sentía un tanto condescendiente con los millonarios que recorrían la Quinta Avenida en sus limusinas: y es que a mis ingresos les había dado por duplicarse todos los meses. Era cierto, llevaban varios meses así (en agosto del año anterior

solo había ganado 35 dólares, mientras que aquel mes de abril iba ya por los 3.000), y todo apuntaba a que seguirían siempre la misma tónica; al cabo del año alcanzarían el medio millón. Desde luego, tal y como estaban las cosas ahorrar parecía una pérdida de tiempo. Resolvimos, pues, mudarnos al hotel más caro de Nueva York con la intención de esperar allí sentados a acumular un dinerito para irnos de viaje al extranjero.

Para no alargarme diré que no llevábamos ni tres meses casados cuando un día descubro para mi horror que no me queda ni un dólar en el mundo mundial y al día siguiente hay que pagar la factura semanal del hotel por un valor de 200 dólares.

Me acuerdo de los sentimientos encontrados que experimenté al salir del banco tras oír las nuevas.

—¿Qué pasa? —me preguntó mi mujer, angustiada, cuando me reuní con ella en la acera—. Tienes mala cara.

—No tengo mala cara —contesté alegremente—. Tengo cara de sorpresa, eso es todo. No nos queda dinero.

—No nos queda dinero —repitió con calma, y echamos a andar por la avenida en una especie de trance—. Bueno, pues vámonos a ver una peli —sugirió jovial.

Todo resultó tan apacible que no me vine abajo ni por un momento. El cajero ni siquiera me había puesto cara de reproche. Había entrado y le había preguntado: «¿Cuánto dinero tengo?». Y él había consultado un mamotreto de libro y me había contestado: «Nada».

Eso había sido todo. No hubo ni malas palabras ni desaires. Y yo sabía que no había de qué preocuparse. Me había convertido en un escritor de éxito, y cuando los escritores de éxito se quedan sin dinero lo único que tienen que hacer es tirar de chequera. Yo no era pobre; a mí no me la daban. La pobreza suponía estar deprimido, vivir en un cuartucho de un barrio perdido y comer del asador de pollos de la esquina, mientras que yo... ¡anda ya, era imposible que yo fuese pobre: vivía en el mejor hotel de Nueva York!

Mi primer impulso fue vender mi única posesión: mi bono de 1.000 \$. Fue la primera de las muchas veces que lo intenté; en todas las crisis

financieras lo desempolvo y me lo llevo esperando al banco, dando por hecho que, puesto que nunca deja de arrojar el interés que tiene que arrojar, cuando menos habrá adquirido un valor tangible. Sin embargo, como nunca he logrado venderlo, con el tiempo ha adquirido el cariz sagrado de una reliquia familiar. Mi mujer siempre se refiere a él como «tu bono», y una vez lo devolvieron en las oficinas del metro ¡después de habérmelo dejado sin querer en el asiento de un vagón!

Esta crisis en particular pasó a la mañana siguiente, cuando la revelación de que los editores a veces conceden anticipos por los derechos me hizo ir corriendo a ver al mío. La única lección que aprendí, por tanto, fue que por lo general acababa sacando dinero de algún sitio cuando lo necesitaba y, en el peor de los casos, siempre podía pedirle prestado a alguien: una lección que haría que Benjamin Franklin se revolviere en su tumba.

Durante los tres primeros años de casados ingresamos una media anual de algo más de 20.000 dólares. Nos permitimos ciertos lujos, como una criatura y un viaje a Europa, y el dinero parecía

llegar con cada vez más facilidad y cada vez menos esfuerzo, hasta que tuvimos la impresión de que, con cierto margen para imprevistos, podíamos empezar a ahorrar.

PLANES

Dejamos atrás el Medio Oeste y nos mudamos al Este, a un pueblo a unas quince millas de Nueva York donde nos alquilamos una casa por 300 \$ al mes. Contratamos a una niñera por 90 \$ al mes, a un matrimonio —que hacía las veces de mayordomo, chófer, jardinero, cocinera, ama de llaves y doncella— por 160 \$ al mes y a una lavandera que venía dos veces a la semana por 36 \$ al mes. Aquel año de 1923, nos dijimos, iba a ser nuestro año del ahorro. Íbamos a ganar 24.000 \$ al año y viviríamos con 18.000 \$, lo que nos dejaba un excedente de 6.000 \$ que canjearíamos por seguridad y estabilidad para nuestra vejez. Por fin íbamos a prosperar.

Bueno, pues, como todo el mundo sabe, cuando uno quiere prosperar lo primero que hace es